

# ANÁFORA

Revista literaria de Humanidades



*“Nothing More Evermore”*

Año 4, Número 7

Abril 2025

Año 4, Número 7, abril de 2025  
Escuela Preparatoria, CETYS Universidad  
Coordinación de Humanidades  
Tijuana, Baja California

*Directora de preparatoria*  
Mtra. Marisela Ventura Rocha

*Coordinador de Humanidades*  
Mtro. Cruz Alberto Nogales  
Bernábe

D. R. Los autores  
D. R. Coordinación de Humanidades,  
CETYS Universidad

*Ilustración de cubierta: “Nothing More  
Evermore”, por Arantxa Doménica Gil Ruiz.*

*Edición y diseño:*  
Mtra. Lizeth García Peña  
Mtro. Cruz Alberto Nogales Bernábe



HUMANIDADES

## Índice Narrativa

<b><i>El sótano de la primaria Anderson</i></b> <i>de Marco Andrés Baro Sánchez . . . . .</i>	<b><i>El reflejo</i></b> <i>de Estefanía Hernández Paýan . . . . .</i>
<i>04</i>	<i>29</i>
<b><i>El faro de la luna</i></b> <i>de Nina Simone Faulkner . . . . .</i>	<b><i>Cicatrices de odio</i></b> <i>de Lucía Beltrán . . . . .</i>
<i>08</i>	<i>33</i>
<b><i>Carolina</i></b> <i>de Regina Ávila Aburto . . . . .</i>	<b><i>El sueño</i></b> <i>de Leonardo Rodríguez Armenta. . . . .</i>
<i>12</i>	<i>37</i>
<b><i>Las gemelas de Lambertton</i></b> <i>de Sara Escasan . . . . .</i>	<b><i>Laberinto de la obsesión</i></b> <i>de Luma Rodríguez Pérez . . . . .</i>
<i>16</i>	<i>42</i>
<b><i>El campanario de Júpiter</i></b> <i>de Yaretzi Peña Arroyo . . . . .</i>	<b><i>Serena</i></b> <i>de Jade Maialeán Salinas Sinay . . . . .</i>
<i>20</i>	<i>45</i>

## El miedo y la ficción

El miedo es una emoción natural que le sirve al ser humano para la sobrevivencia a partir de la detección de una amenaza. Sin embargo, pese a ser parte del instinto, el miedo ha trascendido a otros niveles que son los imaginarios. Es en este terreno donde se han creado seres inexistentes que toman cuerpo y forma para generar el terror y el horror.

Pese a que las historias se han creado desde que el ser humano inventó el lenguaje, fue hasta que el escritor estadounidense Edgar Allan Poe que dio origen a los relatos con la intención de representar el miedo en diferentes intensidades. Así, en el siglo XIX, Poe inaugura el género del terror y el gótico, mismos que siguen cultivándose en pleno siglo XXI.

La exploración de temas como la muerte (siempre presente), enfermedades demenciales, fobias, así como el desarrollo de escenarios oscuros enmarcados en espacios antiguos como castillos o casonas casi abandonadas, así como la creación de símbolos que materializan el miedo y la descripción minuciosa de los ambientes, fueron los grandes aportes que el escritor dio a la Literatura.

En el programa de Literatura del IB se exploraron estas características y se analizaron los cuentos de Narraciones extraordinarias. Partiendo de estas lecturas, los estudiantes crearon sus propios cuentos al estilo de Edgar Allan Poe, y hoy presentamos los mejores relatos escritos por los estudiantes recientemente egresados en este 2025. Esperamos que los disfruten.

Mtra. Lizeth García Peña

# El sótano de la primaria Anderson

---

Por: Marco Andrés Baro Sánchez



## El sótano de la primaria Anderson

—  
*por Marco Andrés Baro Sánchez*

En la temprana oscuridad de la mañana, pasos grandes y pesadas sonaban en la alfombra guinda de mi habitación. Mis medicamentos fluían por mi garganta con abundante agua de mi usual taza negra. Aún odio que me recuerden todo el tiempo que esto debo hacerlo, es como recordarle a un pobre hombre que debe alimentarse cuando tiene comida delante.

La primaria Anderson era mi motivo para tener que llenar el tanque de mi vehículo todos los martes. Para los alumnos a los que les impartía mis clases de inglés, tal vez yo era uno de sus más carismáticos profesores al bromear todo el tiempo sobre las infelicidades de mi vida; para mí, una razón más para debatir con el director sobre mi débil salario.

Como el infierno de Dante, la primaria Anderson tenía nueve pisos, cada uno con sus alumnos, siendo el subterráneo de la primaria, el estacionamiento donde los padres liberaban a sus pequeñas bestias ansiosas de hacer lo que sea para no prestar atención a mis clases. La única parte positiva de mi vida era que solamente debía dar mis clases en el segundo piso.

De mis estudiantes, Annabel era la más molesta de todas, solía siempre recordarme los artículos de las tontas leyes que me impedían hacer algo para la clase. La vez que estuve a punto de apretarle el cuello hasta que sus ojos estallaran como fuegos artificiales, fue cuando pensaba que era una evaluadora de mis acciones, resaltando mis errores como profesor por 17 minutos sin parar.

La primaria Anderson había recibido muchas críticas por su tan aburrida forma de tratar a los alumnos por lo que, como forma de regalo de graduación, a los niños de sexto se les daba la oportunidad de pasar 24 horas completas en la escuela. Las votaciones se realizaron para escoger a los profesores que se encargarían de supervisarlos y lamentablemente fui el primer elegido. Maldita sea, aún recuerdo que tuve que sacrificar un sábado para estar presente en tal ridiculez.

2015, sábado 4 de julio fue el día tan esperado por los alumnos. Desde las 6 de la mañana me obligaron a estar plantado como estatua, en la primaria. Los niños llegaban con sus pequeñas mochilas y grandes casas de acampar, similar a los cazadores que cargan con jaulas para adueñarse de cualquier animal que los beneficie.

Se organizaron juegos de escondite y acertijos, y a pesar de que este día no significó una compensación monetaria para mí, al final no fue tan malo. Logré divertirme un poco, después de cinco años que murió mi esposa. Entre unos cuantos alumnos, decidieron dirigirse al sótano de la escuela, el sitio más bajo de la escuela. Un sitio oscuro, tenebroso e incluso terrorífico de noche, donde la oscuridad reina y se adueña de cada esquina y rincón del gran sótano.

Se me ocurrió la ingeniosa idea de ponerme un cubre bocas y unos lentes oscuros que llevaba en mi mochila, para aterrorizar a los pequeños que se adentraban poco a poco en el oscuro sitio, cada uno con su linterna. Entré por la parte de atrás del sótano, con unos seis lápices para simular una figura tétrica de mis manos. Logré escabullirme detrás de unas cuantas cajas y esperé por su llegada. Mi respiración rebotaba con una de las paredes de las cajas, mi sudor fluía desde mi ceja a mi cuello, esperé unos cuantos minutos, tiempo en que recordé algo: ¡MIS MEDICAMENTOS! Olvidé tomarlos esa mañana. El tiempo para preocuparme por ello se interrumpió porque los niños se acercaron con curiosidad. Salté y grité lo más alto y repentino que pude, y como si fuesen un rebaño de ciervos al ver a una manada de tigres deseando alimentarse de ellos, los niños corrieron disparados hacia las escaleras que los llevaba al patio principal de la primaria.

Solté una breve y débil risa. Me retiré mi cubre bocas y lentes oscuros, además de guardar los seis lápices en mi pantalón. Estuve a punto de retirarme, pero escuché un sollozo que provenía detrás de la sala de electricidad, misma que estaba a un costado de las escaleras principales. Me llenó de curiosidad el imaginar que tal vez estuviese un pequeño y frágil animal dentro que también se haya asustado como mi broma.

Annabel, era ella. Estaba sentada llorando en una esquina de la habitación. Tan pálida que parecía muerta en vida. Por un momento me apiadé de ella, le pedí que tomara mi mano para dirigirnos al patio principal de la primaria, sin embargo, ella se negó, parecía demasiado asustada. Le dije que simplemente fui yo quien los asustó. Continuó negándose a salir, llorando aún más fuerte. La mejor idea que tuve en ese momento fue la de regresar con un par de profesores para convencerla y salir. Regresé con los profesores Melissa y Allen que cuando me vieron abrir la puerta del centro de electricidad, sus almas dejaron sus cuerpos por un momento, sus pieles se tornaron grises, sus ojos parecían salir de sus órbitas.

Seis lápices encajados en su cuello, el suelo tan lleno de sangre que incluso se volvió negro, unos lentes de sol que colgaban desde sus orejas y un cubre bocas que podría, por fin, callar sus malditas opiniones.

---

# El faro de la luna

---

Por: Nina Simone Faulkner





## El faro de la luna

---

*por Nina Simon Faulkner*

En la costa, que podía verse desde el rincón del mundo al que Montgomery llamaba hogar, el horizonte se unía con el cielo y una fortaleza de piedra desafiaba la furia del océano. Sus muros, erosionados por el tiempo y las mareas, contaban historias antiguas grabadas en cada grieta. Desde lo alto de su torre solitaria, Montgomery podía observar la luna pálida y misteriosa, la cual derramaba su luz plateada sobre el mar, como una guía celestial para aquellos perdidos en la oscuridad.

A lo largo de los años, lo que alguna vez había sido la dulce melodía de las sirenas se había convertido en el lamento constante del océano, eco de las tragedias que el corazón solitario de Montgomery no podía callar.

Rodeado por la negrura perpetua de la noche, Montgomery observaba el horizonte inalcanzable. En la distancia, los montes se erguían como guardianes silenciosos. En la punta de este natural gigante se encontraba la alta mansión de los Nightshade.

Fue durante una tormenta despiadada a la luz de la luna, cuando el rugido del viento competía con el clamor de las olas, que la luz llamó a la puerta del faro encubriéndose como el mayor miedo de Montgomery: un barco, víctima del mar embravecido había naufragado a las costas del pequeño rincón del mundo que le pertenecía a Montgomery.

Aterrorizado, Montgomery salió con una lámpara en mano y con el corazón en la otra. Temía que la oscura sombra que había quedado en el frío pasado, hubiera regresado para romper el corazón que, a duras penas, había logrado parchar. Sus temores se cumplieron cuando entre los restos destrozados del naufragio, yacía el peor de sus temores: una figura pálida, frágil, que aparentaba ser hija de las sirenas y la espuma de mar.

Montgomery la llamó en búsqueda de señales de vida; la joven, confundida, apartó las tablas rotas y clavos que se encontraban sobre ella y se presentó. Se llamaba Leonor, tenía una sonrisa tímida, el cabello oscuro como la noche ondeaba con el viento bajo la luna, sus ojos aparentaban dos grandes y negras canicas, mientras que su complexión lograba que los pequeños restos de tablas que quedaban, aparentaran robustos robles a su lado.

El temor de Montgomery se encontraba inútil al haber recordado la flama que lo había quemado originalmente, pero no la recordaba con desprecio, sino con la nostalgia y alegría que sentiría cualquiera que tuviera la oportunidad de revivir el amor de su adolescencia. Él estaba seguro, Leonor era la reencarnación de Abigail, aquella mujer que años atrás había encendido el faro del amor en su corazón.

Montgomery decidió llevar a Leonor al refugio del faro, donde las sombras escondían el nacimiento de un amor alimentado por los años de soledad del farero. Los siguientes tres días la rutina de Montgomery había sido la misma, mientras antes dedicaba sus noches a mirar a la luna llena al horizonte, ahora dedicaba a ver la luna nueva en los profundos ojos de Leonor. Sin embargo, al cuarto día, Montgomery se despertó al sonido de agitados pasos y murmullos que resonaban dentro de la torre. Envuelto en la oscuridad como si de un fantasma se tratase, descendió por la escalera de caracol, solo para encontrarse con el horror de un hombre enmascarado, cuyos ojos no podían reflejar algo que no fuera la promesa de venganza.

Con cada paso que daba el intruso, el suelo crujía bajo sus pies como un eco de su roto corazón del pasado. No había duda que el libro de su historia no hacía más que repetirse, el esposo de Leonor, el cual había bajado de los hombros de los gigantes silenciosos, había llegado para reclamar lo que consideraba suyo por derecho, tal y como lo había hecho con Abigail.

Rodeado por la negrura perpetua de la noche, Montgomery y el enmascarado se enfrentaron en la última prueba de su amor, donde cada movimiento era una danza de muerte, y cada golpe era un eco del corazón irremediable de Montgomery.

Con un último aliento, Montgomery cayó herido, su cuerpo se encontraba en el umbral entre la vida y la muerte, y en ese momento, mientras el faro se desmoronaba como un testigo de la tragedia que se desplegaba, Leonor corrió hacia su amado, jurando estar unidos más allá de las fronteras de la existencia terrenal.

---

# Carolina

Por: Regina Ávila Aburto



## Carolina

—  
*por Regina Ávila Aburto*

Carolina, Carolina, mi preciosa Carolina, la mujer que deseé y que ahora tengo. Hace unos años yo era un artista pobre de unos 35 años, categorizado como feo por mi familia y, según mi madre, con una personalidad que solo una mujer en el mundo podría aguantar. Trabajaba para una familia muy poderosa en mi ciudad donde me pagaban una miseria por mis obras de arte, aunque fueran buenas, lo único que me motivaba para ir al trabajo era Carolina, la hija de los Clifford. Ella era la mujer más bella que había visto, tenía el pelo rubio como hebras de oro puro, unos ojos azules que reflejaban la pureza de su alma, pómulos altos que hacían que su cara se viera madura pero joven a la vez, unos labios regordetes y rosados, con una forma definida de corazón.

Carolina era baja, apenas tenía unos 15 años, yo la deseaba tan fuerte como si fuera un imán, la necesitaba. Su figura me atraía mucho, era un poco curvilínea, pero no lo suficiente para categorizarla como una mujer vulgar, lo que hacía su imagen pura eran sus ojos. Aunque nuestros encuentros fueron pocos, siempre la vi como alguien inteligente e interesante. La mayoría del tiempo se interesaba por mi inspiración de las diferentes obras que llevaba a su casa. Escucharla era como escuchar a Chaikovski, la tonalidad dulce que su voz emanaba y me enredaba, obligándome a responderle, aunque estuviera ocupado.

Nuestros encuentros breves, me daban un destello de esperanza de un amor pasional entre nosotros y que estallaría en algún momento. Tengo un recuerdo en mente muy presente: Estábamos en el jardín, colocando una escultura de su padre hecha de yeso y mi amada llegó, viéndose muy bella como de costumbre, venía con su dama de compañía que evitaba que nuestras conversaciones fueran

extensas por nuestra diferencia de edad. Llegó preguntando por la inspiración de la obra, pero yo no sabía qué decirle, ya que claramente era una estatua de su padre, así que le inventé una historia sobre ángeles y demonios para mantenerla entretenida, y francamente me dio ternura su parecido a una niña pequeña emocionada por algo nuevo por descubrir. Mientras reíamos, la dama de compañía bruscamente interrumpió nuestra conversación dando una excusa patética sobre cómo la “señorita” debería ingresar a la mansión por su clase pendiente de literatura francesa. Me llegó un rayo de furia en contra de esa mujer entrometida, que me quitó tiempo con mi amada, deseaba gritar lo vulgar que era y lo fea que se veía a lado de mi amada.

Recordando ese evento hizo que mi sangre hirviera, eso que se desencadenara para mí algo terrible en el futuro. Carolina tenía curiosidad sobre mí, estoy seguro, por eso tomé una decisión definitiva. Recuerdo esa cara de inocencia, cuando me preguntaba sobre mis gustos y mi vida, siento esa calidez que me hacía sentir vivo. Uno noche, cansado de estar separado de mi amada, decidí ir por ella, sabía que, aunque fuera difícil, llegaría a donde estaba.

Fue un tramo oscuro, un poco más de lo normal, la luz de la luna aumentaba el ambiente terrorífico del que ya tenía. Llegué a la mansión con una emoción tan extrema, que en mi pecho dolía. Con una soga, subí al segundo piso de la mansión, donde se localizaba su recámara, lo sabía muy bien, ya que la miraba lentamente hasta que llegaba ahí para continuar trabajando en los jardines. Llegué y ahí la vi tendida, tan hermosa como siempre y con unas pestañas tan oscuras y largas que solo me enamoraron más. Me acerqué a ella y la tomé del brazo, ella se despertó asustada y alborotada, intentó gritar, afortunadamente tenía un pañuelo para taponarle la boca rápidamente, sus ojos reflejaban terror, algo que nunca había visto en ellos, eso me dio un golpe en el corazón, pero aún tenía esperanza de que todo se solucionaría.

La cargué y, aunque con fuerza ella me evitaba, la pude someter. La llevé hasta mi pequeña carroza. Nunca había escuchado tantos gritos aterradores como esa noche, que me parten el alma. Al llegara mi hogar, la amarré a una silla para que no huyera y pidiera ayuda, la vi con lágrimas en el rostro llenas de terror. Me arrepentí de todo lo que había hecho, no quería verla sufrir. Me acerqué a su fino rostro para darle un beso y sellar mi amor. Carolina empezó a gritar palabras soeces que lastimaron mis sentimientos, esas palabras me dieron un rayo de furia que hizo que hiciera algo terrible; tome un cuchillo del mostrador de mi pequeña cocina y la degollé.

Me arrepentí de mis actos y caí de rodillas, llorando, pidiéndole perdón a Dios por los actos impuros que cometí. Un rayo de sol golpeó mi cara y un voceador gritó por mi colonia: “La señorita Carolina Clifford ha desaparecido. Si tiene alguna pista, favor de informara la familia. Hay información del presunto secuestrador”. Empecé a sudar frío y lo único que se me ocurrió fue esconder el cuerpo de Carolina, pero ¿cómo? Una estatua.

Hacer una estatua era la respuesta de todos mis problemas. Tomé el cuerpo sin vida de Carolina, y la desnudé lentamente, algo que siempre había querido, pero ahora me daba repulsión ver su cuerpo.

Lentamente la cubrí con yeso, de la mejor calidad para conmemorar su alma de manera correcta. El tiempo de secado fue rápido por ser una capa muy delgada. Aunque me daba tristeza no ver a mi amada con vida, siempre estaría en esa estatua mía. La llevé a la familia como una forma de consolarlos por la pérdida de su hija. El señor Clifford me alagó por el detalle del rostro y por la viva imagen que emanaba la escultura. Me pagó mucho dinero por ella, supongo por la necesidad que tenía de ver a su hija, aunque fuera en esa pieza. Me recomendó a muchos de sus colegas que me daban una fortuna por mis esculturas. Aun con toda mi fortuna, sigo con la viva imagen de Carolina carcomiéndome el cerebro, haciéndome sentir culpable, aunque ella me trajo mucha fortuna a mi vida, me sentía muy mal, pobrecita. Murió terriblemente, pero murió siendo mía.

# Las gemelas de Lamberton

Por: Sara Elena Escasan Barajas





## Las gemelas de Lamberton

■  
*por Sara Elena Escasan Barajas*

Nunca me he descrito como una mujer nacida de la envidia o codicia, sino una que sabe lo que merece. Y lo mismo se puede decir de aquella con la que compartiré una fecha de nacimiento hasta que la muerte nos separe. Nuestra aparente belleza ha trascendido las barreras territoriales, y hemos sido alabadas por nuestro cabello radiante e intoxicante como un vino tinto, el cual recae sobre hombros pálidos como la luna brillando sobre un campo de rosas, y unos ojos oscuros como el mar en el anochecer. Todo esto siendo el perfecto complemento para nuestra pertenencia a la nobleza nueva y nacida de Lamberton, repleta de comerciantes talentosos.

Aun así, ella se llamaba Esperanza, y yo siempre sería Dolores. Esperanza; la vida de la fiesta, dulce como las flores en la primavera, radiante como un diamante... y Dolores. Toda mi existencia, nuestras similitudes físicas habían sido mi único rasgo para describir mi identidad, siempre solo un complemento para la maravillosa Esperanza. Mi hermana nunca se dejó influenciar por esta obvia preferencia y siempre me mostraba aquella sonrisa que ha embrujado a todos con su esplendor, pero sólo me generaba un disgusto indescriptible que no me permitía ni contestarle el saludo.

No sé cuál fue el momento en el cual empecé a despreciarla; un odio que desencadenó una serie de comportamientos que mi familia consideraba despreciables. Y fue la necesidad de distinguirme de aquel rayo de luz que me convirtió en lo que nuestra madre describió como una oscuridad vacía. Sus amigas, pertenencias y gustos eran detestables, y el simple hecho de compartir su apariencia era suficiente para tenerle rencor, sin mencionar las intenciones obvias de mi familia en criarme como otra versión de ella.

Pensaba que me había conformado con esta forma de vida, pero cuando lo conocí en aquella fiesta de baile algo cambió dentro de mí. ¡Oh, Andrés! Mi dulce y bello Andrés. Su cabello era como miel suave que cae sobre unos ojos relucientes y gentiles, con una figura fuerte que resaltaba por sus hombros y brazos que hacen la imaginación idear lo que sería ser envuelta en ellos. ¡Oh... era perfecto! Pero mi hermana tenía ideas similares y Andrés fue embrujado por su carácter como todos los demás del pueblo.

Era inaceptable. ¡Yo era mejor para él! Con tan solo verlo, ya memorizaba hasta la cantidad de pecas y lunares en su rostro, sus manierismos e incluso el tiempo que pasa entre el abrir y cerrar de sus ojos. Yo era mejor que Esperanza, pero sabía que Andrés nunca me vería siempre y cuando ella existiera. Pasaron los meses e iniciaron las negociaciones de matrimonio, para mi desesperación. Tenía que decir algo, tenía que hacer algo.

Durante las semanas que residió en la mansión tras comprometerse con mi hermana, lo observé con determinación fija por las aperturas disimuladas que llenaban los pasillos de la servidumbre. Noté que siempre tomaba un té de frutos rojos antes del reposo, aprendí sobre sus pasatiempos y rutinas habituales, y pude fascinarme sobre lo tranquilo y hermoso que lucía cuando descansaba por las noches con su comprometida. — ¡Oh! cómo quisiera ser quien se recuesta junto a él en lugar de Esperanza... — pensaba, hasta que otra idea se implantó en mi cabeza— ¿Para qué pensarlo si lo puedo hacer realidad?

Recuerdo mis ansias cuando agregué el sedante en su té de la noche siguiente. Coloqué dos tazas en el buró enfrente de su cama, las cuales reflejaban la luz pálida de la luna proveniente de la ventana alta en el fondo del cuarto. Me escondí detrás de la cortina y, como era rutina, ambos llegaron, bebieron una taza entre sonrisas y descansaron sus cuerpos sobre el colchón. El sedante del médico familiar era muy fuerte. Inmediatamente los dos se encontraban en un sueño tan profundo que ni los gritos o golpes más escalofriantes podrían despertarlos. Sin preocupación alguna sobre alertar a mi amor, cogí a mi hermana por los brazos y la arrastré de la cama hacia

la entrada secreta del cuarto que se utilizaba por los sirvientes en tiempos antiguos, dejando que sus piernas y la tela fina de su bata de noche recogieran la suciedad que cubría los pisos de los pasillos abandonados. Después de pasar lo que parecía un laberinto de puertas, recliné su cuerpo ante las paredes frías y húmedas de nuestro destino final: las catacumbas familiares. Fue en ese entonces que mis ansiedades se transformaron en una adrenalina intoxicante.

Busqué con entusiasmo la cavidad más profunda y seleccioné una ubicada frente a una pared repleta de huesos amarillentos. Posteriormente, colocando unos ladrillos sueltos en una torre amontonada. Satisfecha con las preparaciones, regresé por Esperanza, quien seguía bajo los efectos de la droga, y empujé su cuerpo dentro del hueco sin mayor resistencia. Miré los ladrillos con detenimiento, cogiendo uno tras otro mientras los utilizaba para sellar el acceso y salida a lo que era ahora la tumba de mi hermana. No fue hasta el último ladrillo que noté la sonrisa que mi cara articulaba, una sonrisa tan característica de ella que finalmente pude entender una felicidad sincera.

Finalmente, terminado el trabajo, reclamé lo que me debió pertenecer desde un inicio. Mi emoción era tan abrumadora que ya olvidaba lo sucedido en las catacumbas, pero mis manos y ropa empolvada me regresaban la consciencia, por lo que volví al cuarto y me tomé unaducha apresurada. Una vez limpia, recaí sobre el lado de la cama que pertenecía a Esperanza y, como si fuera un sueño, me hundí en los brazos de Andrés como si estuvieran hechos solo para mí. Sin cansancio alguno para dormir, las horas de la noche pasaron mientras observaba los rasgos diminutos en la cara durmiente de mi ahora comprometido. Al aproximarse el amanecer, mis ojos pesados se desviaron hacia la ventanay empezaban a cerrarse, cuando en un instante me percaté de una figura escondida detrás de la cortina, la cual me miraba detenidamente con una gran sonrisa.

# El campanario de la señora Júpiter

Por: Yaretzi Peña Arroyo



## El campanario de la señora Júpiter

por Yaretzi Peña Arroyo

Magnolia se sentía nerviosa de llegar a un nuevo lugar, donde las personas la verían como una extranjera que no pertenecía ahí o al menos así lo esperaba ella. El tren pasaba por una ruta donde se alcanzaban a ver las montañas Zircón, con sus bases color café y puntas cubiertas de nieve que reflejaban la luz intensa del sol del atardecer, bellísimas desde esa perspectiva. A pesar de esta hermosa vista, el nerviosismo de la joven interrumpía sus fantasías. Por fin, después de un viaje de dos días de tren, la señorita podía poner las puntas de sus tacones de alta costura en la tierra del viejo pueblo.

Al llegar fue recibida con una calidez con la que se reciben a todos los visitantes, humildad falsa y halagos igual de falsos, algo que ponía aún más nerviosa a Magnolia era que las personas del pueblo la vieran como una pasajera y no como una nueva residente, le causaba temor. Se dio cuenta de algo que era muy peculiar: en el pueblo la mayoría de las personas eran mujeres que contaban con ojos verdosos y tez un poco bronceada. Sin duda eran facciones hermosas, pero nunca había visto a tantas personas en un mismo lugar con similares características. Se sentía aún más excluida.

A las siete de la tarde, el sol dejaba de proteger a las criaturas. Magnolia estaba cansada, salió a dar un paseo por las calles tranquilas de la zona. Esa noche, hasta el claro de la luna parecía tener un tono verdoso. Mientras la señorita paseaba, encontró las calles desoladas, pero con risas distantes y murmullos de los árboles ocasionados por el viento. Se escuchó un grito desgarrador de una mujer acompañado del sonido de una campana grande, a unos cuantos metros de Magnolia, lo que la hizo voltear rápidamente. Enseguida, un hombre joven con facciones similares a las de las mujeres del pueblo vino corriendo hacia Magnolia, tomándola en sus brazos cubiertos de una

tela fina y carmesí, protegiéndola. La señorita se quedó inmóvil, no sabiendo si la figura varonil venía a protegerla o a silenciarla. El hombre se separó de ella, se presentó con el nombre de Beaumont. Inició una conversación que pareció durar menos de 10 segundos: - Ahora que te he dicho mi nombre, ¿no crees que sería cordial decirme el tuyo? - dijo mientras Magnolia se quedó callada, aún impactada por los sucesos. El hombre continuó: -Seguramente no tienes dónde quedarte, eres una visitante con ropa extranjera, permíteme acogerte en mi casa.

Magnolia sacudió la cabeza para negar su propuesta. -No queda lejos, soy alguien reconocido de esta zona y hay vigilantes de noche, así que si desapareces sabrán quién te llevó... Estoy bromeando, claro, lo lamento por mi mal sentido del humor-, respondió Beaumont. La señorita confió en este hombre, no se atrevió a decir nada para no contradecirlo y denegar su amabilidad, porque parecía que era la única persona que la trataba sinceramente.

Magnolia despertó exaltada por la situación que ocurrió la noche anterior, al levantar su torso de la cama no podía recordar mucho sobre ello. Amaneció en una habitación que parecía inmensa, con plantas botánicas a los costados de las paredes que a su vez tenían cuadros enormes con pinturas de lo que parecían ser personas importantes en marcos de oro. El joven que la había encontrado cruzó la puerta con una bandeja llena de comida deslumbrante que ni siquiera podía considerarse comida, más bien era una bandeja con decoraciones en forma de alimento hechas de oro, plata, jade y rubí, únicamente para caer en las bocas de la burguesía. A pesar de estos pensamientos de Magnolia, eran para ella, una chica que, aunque no era pobre, nunca tuvo el dinero que tenía el muchacho de los ojos verdosos y piel de cobre.

Con la iniciativa del joven, juntos retomaron los sucesos de la noche anterior y desayunaron en la cama, estableciendo una conversación que resultó agradable para la señorita. Al finalizar, el joven mandó a una sirvienta a vestir a Magnolia con la ropa de damas que tenían en el closet, para que después bajara y pudiera agradecer a la madre de Beaumont ya que, gracias a ella, Magnolia pudo quedarse a dormir.

Cuando estuvo lista, Beaumont la llevó hasta el patio trasero de la mansión, el cual parecía extenderse hasta lo profundo del bosque, donde se encontraba su madre contemplando el paisaje de las montañas. Como si supiera de su presencia, la señora volteó a ver a los jóvenes caminando hacia ella. Beaumont permitió que su madre se acercara a Magnolia y le dio un pequeño empujón a la joven para que se acercara a la señora. -Niña, anoche parecías un ratón asustadizo cuando mi hijo te encontró y te quedaste dormida cuando venías de caminoa quí, quiero que sepas que ni siquiera presentarte ante tu salvadora es algo de gente sin educación-, dijo la señora en un tono arrogante pero pasivo.

-Te recuerdo que no presentar a cualquier persona que traigas, es un acto grotesco, incluso si es a quien salvaste-, le recordó Beaumont, respondiendo a la queja de su madre. A esto, la señora continuó:

-Claro... disculpa mi falta de respeto mmm... ¿tu nombre?

-Magnolia, Magnolia Trin-, respondió la señorita.

-Mi nombre es Júpiter, esposa del fallecido Jacinto Omalie, previo alcalde de este pueblo.

La señora Júpiter aparentaba haber renacido de un cadáver, su esbelta figura y sus ojos marrón claro parecían haber vivido mucho tiempo, pero aún se veía un tanto joven.

Tiempo después de este suceso se llegó a un acuerdo que permitía que Magnolia se quedase en la mansión el tiempo que necesitara, con un máximo de tres semanas, para que no se sintiera insegura por el grito que escuchó en la noche, pero era principalmente porque era una petición del joven Beaumont, quien deseaba su compañía.

La relación entre Beaumont y Magnolia se fortaleció tanto con los días, que se llegó a extender el tiempo de la estancia de la joven, aumentando una semana cada vez que pasaba una. Así duró hasta que pasaron cinco meses desde que se encontraron en la calle. A pesar de ello, la señora Júpiter no sentía un poco más de empatía por la joven Magnolia y hasta parecía que la hartaba cada vez más.

El tiempo juntos dio resultados maravillosos, planeaban casarse cuando la nieve de las montañas se derritiera. Un día, cuando el cielo empezaba a pintarse de naranja y la luna asomaba su silueta detrás de las montañas Zircón, la señora Júpiter citó a Magnolia para acompañarla a dar una caminata. Con el fin de crear un vínculo más agradable con la madre de su futuro esposo, la joven aceptó. Al final llegaron a un terreno viejo con un campanario que se había llenado de musgo y hongos por el tiempo.

-Veo que estás viendo el viejo campanario, le pertenece a mi esposo, digo que aún está en su posesión porque no me atreví a quitarle un lugar tanpreciado para él-, dijo la señora Júpiter.

- ¿Por qué una estructura como esta le sería importante a su esposo? - preguntó Magnolia.

-Como ya has estado entrometida en mi familia demasiado tiempo... creo que puedo revelarte uno de los secretos de mi esposo-, a esto la señora Júpiter le pidió el saco que traía puesto Magnolia para usarlo como manta para sentarse sobre una banca oxidada y sucia. La señorita no vio otra opción más que aceptar y darle su saco.

-Mi esposo era un mujeriego desgraciado y sinvergüenza, con una libido remarcable por las jóvenes de cualquier aspecto, clase social o pasado. Les hacía cosas horribles dentro de ese campanario... lo sé porque yo también lo viví al igual que ellas. El infierno que ese hombre ponía sobre mí me sigue persiguiendo en mis sueños. Esas mujeres que entraban a mi casa eran unas ingratas igual que él, me miraban con desprecio y se burlaban de mí en la habitación de mi ahora difunto esposo, tanto que podía escuchar sus risas burlonas hasta la habitación de huéspedes donde yo dormía. Aprendí que ese tipo de mujeres que se meten con los hombres en mi vida son iguales. No creas que eres la única con la que mi hijo ha estado o se ha metido, no eres tan importante como yo en su vida, espero que eso lo tengas claro niña-, finalizó la señora. Magnolia respondió:

-No espero reemplazar el amor de una madre, entiendo que usted está por encima de mí, pero si me ha tratado y planea tratarme de esta manera por el tiempo en el que esté con su hijo, ¿por qué no me corre o ensucia mi reputación con su hijo?



-No puedo hacerlo por un acuerdo entre madre e hijo, el malcriado está esperando el momento para saberlo que hará contigo.

Magnolia quedó confundida por este último comentario, pero decidió preocuparse por ello después. El camino de regreso fue silencioso, ni siquiera los tacones de las mujeres alcanzaban a hacer un sonido que interrumpiera su mal humor.

Llegando a la casa, Beaumont tenía una cara de preocupación inmensa. Dirigió a las dos mujeres hacia un cuarto lujoso donde, en las sábanas limpias color violeta de la cama, se encontraba una joven que parecía que no había comido en días, con un niño en brazos lleno de sangre tan roja y brillante como los labios de Magnolia, que extrañamente tenía los rasgos de Beaumont. La señora Júpiter reaccionó a esto con una cara que reflejaba confusión y pánico. Con los ojos bien abiertos como si viera un fantasma. Se acercó a la joven sin aliento y preguntó:

- ¿Esta criatura es varón o es una mujer?

-Creo que es una niña... señora Júpiter.

Magnolia tomó el brazo de Beaumont pero cuando volteó a ver su cara, esta era de horror y melancolía, como si estuviera recordando eventos similares a este.

Tiempo después, ya que la joven con el niño podía caminar, la señora Júpiter la llevó a otra propiedad de la familia Omalie para cuidar de ella y de su hija. Magnolia no se atrevió a comentarle a Beaumont lo que sintió al ver el suceso, pensó que todos reaccionarían de esa manera.

Al pasar de unos días, la señorita Magnolia se seguía preguntando qué era lo que había pasado con esa joven, tanto que hasta dejaba de comer a sus horas debidas, o si lo hacía eran en pequeña cantidad. Algo dentro de ella le decía que el comentario que le hizo la señora Júpiter la noche de la caminata, tenía que ver con la reacción de Beaumont. Cuando la señora regresó a la casa Magnolia fue rápidamente a preguntarle sobre la otra mujer y su estado de salud. La señora desvió el tema y fue a tener una plática privada con su hijo.

La desesperación de Magnolia había llegado tan lejos que decidió escuchar la conversación al lado de la puerta del cuarto donde discutían. Entre murmullos, se escuchó a la señora Júpiter decir:

-Esa niña está muy débil, no creo que me satisfaga-, seguido de una voz turbulenta de su hijo que decía:

-Entonces déjala ir y que viva con una familia segura fuera de aquí. Prevenir antes que lamentar, madre.

Magnolia estaba muy confundida, pensó que su oído no funcionaba tan bien, así que decidió acercarse más hasta pegar su oreja a la puerta. Escuchó a los dos discutir, entre esos gritos suaves alcanzó a oír:

- ¿Cuándo quedará embarazada? La peste que se está quedando en mi casa... estoy harta de tener a otra mujer en este lugar y más si está contigo todo el tiempo-

-Es mi casa, Jacinto me la dejó a mí. En cuanto a Magnolia, dame un poco más de tiempo...averiguaré qué hacer-, respondió el hombre que supuestamente amaba a Magnolia de verdad. A esto, la señorita fue a llorar a sus aposentos, lágrimas de traición, furia y tristeza.

Magnolia no confrontó a Beaumont de lo que había escuchado, ya no tenía en quién confiar dentro de ese pueblo. Se armó de valor, para una persona tan nerviosa como ella, eso era un milagro el cual no se debería de desaprovechar. Decidió salir una noche a dar una caminata al campanario para ver si había algo que le diera respuestas. Se levantó silenciosamente de su cama y logró salir por una ventana usando las telas costosas de su recámara. Al llegar al campanario, se sentó en la vieja banca donde una vez se había sentado la señora Júpiter. Observó cuidadosamente la campana oxidada que se encontraba en la cima de la estructura y vio que algo se movía dentro del hueco que tiene debajo. Prestó más atención al extraño movimiento y vio que cientos de manos negras empezaban a emerger por debajo de la campana moviendo los dedos extrañamente. Magnolia sintió temor al ver que las manos pronto iban convirtiéndose en cuerpos de mujeres que tambaleaban de una manera muy rara y emitían sonidos de quejidos al borde de la circunferencia de la campana.

De repente sintió una mano en su hombro y al voltear vio a la señora Júpiter, quien al instante la golpeó en la cabeza con un tubo de metal, Magnolia cayó en el piso inconsciente. La señora Júpiter solo pronunció las palabras “Lo siento”, y después dejar a Magnolia caer dentro de un pozo con miles de cuerpos en descomposición. La caída fue brutal, pero no mató a Magnolia. El olor a putrefacción era muy fuerte lo que hizo que Magnolia se sintiera mareada y sin esperanza de salir de ese lugar. Entre los cuerpos, logró reconocer a la mujer embarazada que parió en su casa. Debido a la condición del lugar podía reconocer que se encontraba dentro del campanario, como en un calabozo debajo de este; había rocas que sobresalían de la pared y apiló los cuerpos para comenzar a escalar con sus manos lastimándolas al mismo tiempo que subía.

Después de un rato de esfuerzos, pudo salir hasta la entrada del pozo y encontró al hombre que amaba y a la señora Júpiter deleitándose con el cuerpo de un bebé en una bandeja en la cima del campanario. Detrás de ella se escuchaban lamentos de una mujer, cuando volteó a ver de quien se trataba, vio el fantasma de la mujer que parió su casa. Magnolia concluyó que el bebé que se estaban devorando era de ella. En un instante se unieron más fantasmas al lamento de la mujer para llorar juntas. La señorita se dio cuenta de que todas esas mujeres habían pasado por lo mismo y la razón por la que la señora Júpiter quería un hijo de ella era para que sufriera la misma consecuencia que todos los hijos de las mujeres.

La responsabilidad que sentía Magnolia para terminar con esto era indescriptible, el lamento de todas esas mujeres la alentaban a hacer cualquier cosa para impedir que este asqueroso evento se repitiera. Subió las escaleras y tomó uno de los fierros que se encontraban ahí y corrió desesperadamente hacia donde se encontraban las dos figuras que la acogieron. Su ataque dirigido a la señora Beaumont fue bloqueado por el pecho de su hijo. Magnolia se quedó estupefacta al ver que mató a su querido Beaumont y soltó el fierro que quedó enterrado en el pecho del joven. Al ver esto la señora Júpiter se rio malévolamente y dijo: “Eres una mujer fuerte, un hijo de ti no me hubiera venido mal”.

Magnolia le preguntó el porqué de hacer tales atrocidades y la señora respondió: “No tiene caso no revelarle secretos a un cadáver, mi confesión será lo último que escucharás. He estado consumiendo a los hijos que engendraron las concubinas de mi esposo por cientos de años para mantenerme joven, a las niñas las dejo en la puerta de familias que sé que las expulsan cuando ven que llegan embarazadas a una edad joven, y adivina quién las embaraza... así es, mi propio hijo”. Magnolia cayó en sus rodillas al escuchar esto, pero la señora prosiguió: “Cuando mi esposo se enteró, tuvimos que deshacernos de él y aventamos su cuerpo en donde estaban los cuerpos de las jóvenes con las que se acostaba y su alma ronda por el calabozo de donde acabas de salir. También, debo confesar que mi hijo es solo un títere que yo reviví, una vez trató de detenerme así que lo maté, pero lo reviví para que solo me obedeciera a mí”.

Magnolia gateó hasta el cuerpo de Beaumont y lo abrazó fuertemente, dándose cuenta de que él no tuvo la culpa de lo que hizo. Cuando la señora Júpiter se acercaba a la joven para tomarla del pelo y apuñalarla con un cuchillo que tenía en la bandeja, el cuerpo de Beaumont se levantó, se arrancó el fierro del pecho y se lo enterró a su madre. Cuando su madre lo miró a los ojos, estos habían cambiado de jade a zircón, lo que significaba que los fantasmas de las mujeres habían poseído el cuerpo de su hijo. Magnolia presenció cómo el cuerpo de Beaumont seguía en pie cuando la volteo a ver por última vez y susurró las palabras: “Te amo y amaré en la otra vida”. Enseguida, la campana empezó a temblar y cayó justo encima de los cuerpos de la señora Júpiter y Beaumont, y el sonido que emitió al caer fue el de gritos de diversas mujeres que disfrutaban de su libertad después de todos esos años atadas al campanario.

Este no fue el fin de los Omalie, las personas descendientes de Beaumont seguían en las calles, por esta misma razón Magnolia decidió asentarse en el pueblo a pesar de lo que le había pasado, para ver la cara de su amado hasta que falleciera.

# El reflejo

Por: Estefanía Hernández Payán



## Reflejo

—  
*por Estefanía Hernández Payán*

Me encontraba en mi apartamento, era de noche, una pequeña lámpara encendida en la esquina de la sala proyectaba una ligera luz cálida sobre todo el cuarto. Una sensación inquieta pasaba por mi cuerpo, sentía que tenía que pararme y hacer algo. Entonces, dejándome llevar por mis instintos, me paré, agarre mi cámara de la mesa de la cocina, tomé mis llaves, causando un pequeño sonido y salí.

Bajando por las escaleras, abrí la pequeña puerta de vidrio que llevaba a la calle y juré que había visto la silueta de un hombre reflejada en la puerta. Se veía alto, pero cuando traté de confirmar lo que había visto, la silueta ya no existía, no había nada más que el árbol detrás de mí en el reflejo. Lo atribuí a mi imaginación y ansiedad, y tratando de ignorarlo simplemente continué.

La ciudad estaba oscura y sola, pero las constantes luces en cada calle me ayudaron a mantenerme algo tranquila, aun cuando todavía no me podía deshacer del sentimiento de antes y una pequeña voz en mi cabeza me decía que algo estaba seriamente mal. Admiraba la ciudad, tan hermosa en su soledad y paz, pero cuando volteé a la izquierda esa paz se quebrantó. Ahí estaba una vez más. Esa horrible figura en el reflejo de un edificio. Miré otra vez y, una vez más, simplemente había desaparecido.

No pude evitarlo, el sentimiento de que me estaba volviendo loca se apoderó de mí y dejé escapar un grito desgarrador. Era demasiado, ver a alguien en un reflejo, pero que parezca un acto de mi imaginación, era demasiado. Ya no sabía qué hacer, entonces hice lo único que podría realizar hasta dormida. Me puse a fotografiar la ciudad. En un intento de calmar mis nervios me enfoqué en lo que se veía en el lente de mi cámara. Un hermoso paisaje de ciudad nocturno, sí, eso era suficiente para distraerme.

Continué caminando, ligeramente más rápido de lo que había estado caminando antes y volteando constante y bruscamente a mis alrededores. No podía evitarlo, cada vez que volteaba veía esa horrible sombra, luego desaparecía rápidamente. Con cada paso que daba mis movimientos se volvían más bruscos y acelerados, pero aun así no podía regresar a mi departamento. Ahí, todo se sentía amontonado, y con mi sentimiento agitado, eso simplemente empeoraría. Continúe y continúe y continúe y paré. Había llegado a una de mis calles favoritas, no planeaba llegar ahí, pero ya era un camino que mi cuerpo tenía memorizado. Era una calle amplia, con uno que otro poste de luz, levemente alumbrando, la calle parecía ser infinita. Rodeada por edificios, destapé el lente de mi cámara y simplemente me dejé guiar por la memoria, el sentimiento de algo que había hecho miles de veces antes.



Había agarrado un buen ritmo, volteaba, tomaba una foto, buscaba otro lugar. De repente, la cámara dejó de enfocar, tuve que detenerme y buscar arreglar el problema. “Ugh, no entiendo por que no enfoca” dije al aire, llevaba ya tres minutos tratando de enfocar el lente, pero simplemente no funcionaba. Me comencé a estresar, mi ansiedad se elevaba. No pude evitarlo, comencé a catastrofizar, comencé a creer que el que mi cámara dejara de funcionar significaba que algo malo iba a suceder.

Escuchaba voces en mi cabeza, diciéndome que corriera, “de seguro no es nada” me repetí a mi misma. Pero no me podía mover, me había enfocado tanto en tomar las fotos que mi cuerpo no respondía al fuerte instinto que pasaba por mí. Veía mi cámara en lo que buscaba que enfocara, viendo esa misma sombra. De repente, sentí una mano áspera, estereotípicamente masculina, sobre mi boca, impidiendo que saliera sonido alguno de ella. Me sentía empujada, llevándome a un callejón extremadamente oscuro. Sin poder ni procesar lo que estaba sucediendo, sentí un filo en mi cuello. ‘*Un cuchillo*’ pensé, pero el pensarlo no fue suficiente como para que mi cuerpo decidiera hacer algo respecto a ello. Ni diez segundos después sentí un dolor como ninguno que hubiera sentido antes, no tenía palabras para explicarlo ni procesarlo. Sentí cómo algo caliente, viscoso, se deslizaba por mi cuello y tan pronto como me di cuenta mi vista comenzó a oscurecer.

Y en eso todo terminó.



# Cicatrices de odio

---

Por: Lucía Beltrán



## Cicatrices de odio

---

por Lucía Beltrán

*“Las sombras de la noche ofrecen consuelo a un alma atormentada por el odio y la enfermedad” (Grosselfinger).*

La tragedia siempre acecha en las sombras, aguardando el momento oportuno para desencadenar un golpe. Mientras me enfrentaba a mi destino en un abismo con un peso de rabia y desesperación, el mar de sombras me amenazaban con silenciar mis últimos susurros de vida. Mi nombre es Lucia Grossdina, y desde mi eterna paz, relataré la historia de mi hermana Renata y cómo una enfermedad dictó nuestra condena de odio.

Pertenecemos a una familia sin mucho dinero, vivíamos en una casa rodante que lloraba cada vez que llovía. Cada día era una lucha constante para encontrar comida suficiente para cada uno de nosotros; muchos de los días mis padres se quedaban sin probar un bocado para que nosotras pudiéramos saciar ese vacío que traíamos dentro.

Mi hermana y yo comprendimos que no teníamos los mismos privilegios que los demás. Renata siempre me decía que permaneceremos juntas para siempre, pero esto no fue posible. Ella perpetuamente admiraba a mi padre, sus ojos parecían la luz de la luna, delicada, hermosa y relajante; yo nunca me acerqué tanto a él; era un chef personal, de alma ligera con muchas historias, me avergonzaba. Él siempre tuvo una colección de dagas que su Jefa le regalaba; una en específico siempre me causó conflicto: una daga oxidada que le fascinaba a mi hermana. Yo era más cercana a mi madre, una mujer callada pero imponente, siempre me ayudaba a peinarme y le contaba todos mis problemas. Pero un día nuestras vidas fueron abandonadas en aquella casa rodante sin futuro, nuestros padres fallecieron por una enfermedad que me sería heredada, como un parásito.

Una maldición que me abrazó muy fuerte y nunca me dejó ir, me vaciaba el sentimiento de saber que cada aliento me acercaba más a un lugar donde nuestros padres nos esperan. Mi dulce Renata, en mis momentos de desesperación, la culpé; ella permaneció conmigo hasta que el peso de mis acciones la consumió. Cretina, la herí física y emocionalmente, dejándole una marca que ni su corazón podrá sanar. Su hermosa piel delicada, suave, y su bella alma, dotada de entendimiento y libertad, quedó dañada.



Mis acciones, llenas de amargura y enojo, me llevaron al fatídico 9 de septiembre de 1999. Esa noche oscura, el odio alcanzó su clímax y Renata, consumida por la locura y la desesperación causadas por aquel recordatorio de su piel que llegaba hasta su alma, me arrebató la vida de una manera grotesca y macabra. La enfermedad ya me había consumido por completo, ya no era yo, era solo un simple cuerpo donde se podía fácilmente identificar cada hueso, músculo, vena y articulación, soy débil.

La luz de la luna me llamaba mucho la atención, era como una señal de peligro, lucía violenta; la luna y su luz no se mostraban con delicadeza ni despertaba la imaginación dulce de mis sueños; no era la luz de luna que me emite entendimiento y libertad; aquel destello era de una daga que pertenecía a nuestro padre.

---

# El sueño

Por: Leonardo Rodríguez Armenta



## El sueño

—  
*por Leonardo Rodríguez Armenta*

La humanidad es resiliente; el simple hecho de que estemos aquí lo demuestra. Todas las personas que conozco en este lugar lo repiten como mantra, como testimonio de la fortaleza individual de cada uno, pero siempre he tenido mis dudas. Si realmente fuéramos tan resilientes y poderosos como especie, ¿por qué tendríamos que ocultarnos bajo tierra durante siglos, en bunkers reforzados que nos protegen de quién sabe qué cosa?

Este es el tipo de cosas locas en las que pienso mientras paseo por la alameda de mi bloque de vivienda después de un largo y productivo día de trabajo.

Este búnker ha sido mi hogar desde que nací, al igual que el de mis padres, abuelos, tatarabuelos... Las generaciones que ha albergado este lugar se cuentan por decenas. Según cuentan las crónicas de la biblioteca comunal, hace casi ocho siglos que la humanidad se vió forzada a descender para sobrevivir al peligro que los acechaba. Se pasaron años construyendo una serie de búnkeres autosustentables, y aunque no fue fácil, con el tiempo se logró. Mucha información de los libros fue eliminada, así que eso es lo único que sé sobre la historia de este lugar y por qué tuvimos que resguardarnos.

A pesar de esa clara censura de la información, y de no saber el motivo de nuestro encierro, no me preocupa lo que sucedió en el mundo o por qué estamos en bunkers. Lo admito, tengo curiosidad por saber la verdad y me gustaría saber qué sucedió, pero mi vida aquí es tan buena que no me molesta vivir en la ignorancia. Aquí abajo, tengo un trabajo satisfactorio que me divierte y me reta en partes iguales, una madre y una hermana con las que soy muy cercano y una muy buena calidad de vida en general. Nunca me ha faltado comida, ni casa, ni ayuda de ningún tipo. También soy muy unido con la comunidad que se ha formado aquí abajo.

Todo el mundo se apoya y se respeta, y en caso de que haya un conflicto entre personas, ambas partes se esfuerzan en resolverlo. Somos como una gran familia.

Tal vez mis dudas nunca serán resueltas, pero estoy de acuerdo con eso a cambio de seguir viviendo esta próspera vida. O eso creo. Si todo eso que dije es cierto, ¿por qué he tenido estos sueños últimamente? Desde hace unas semanas, justo cuando me voy a dormir, sueño con la superficie.

Mi sueño siempre comienza conmigo parado en un terreno amplio, repleto de estructuras marrones cubiertas de láminas en la parte superior, muy parecidas a los árboles gastados que tenemos aquí, y de flores de colores que mis ojos no recuerdan haber visto. Para este punto me acerco a las estructuras, las rozo con las yemas de mis dedos y me doy cuenta que están formadas de corteza y que las láminas son hojas vivas, enormes y robustas; un instinto primario me dice que esto que veo es un árbol, un árbol real. Maravillado, corro por el lugar tocando todo lo que encuentre a mi paso, pero esto no dura mucho, porque una fuerza desconocida me avienta al cielo a una velocidad inhumana. Es tan rápido y repentino que comienzo a gritar de miedo, temeroso de volar por primera vez en mi vida y de chocar contra el techo, pero no esto nunca pasa. No veo la brillante que funge como sol en el bunker, solo veo un plano que no puedo distinguir si termina, con cúmulos de gas que flotan apaciblemente, como si fueran llevados por un río artificial. Me sigo elevando rápidamente, sintiendo el frío en mi cuerpo, y mi sueño termina con una vista surreal: todos los árboles, las planicies, las montañas se extienden por decenas de kilómetros y forman en conjunto una visión magnífica e imposible en un búnker subterráneo. Y luego despierto.

¿Es así como se ve el mundo exterior?

¿La superficie es capaz de producir tanta belleza?

Este sueño hermoso y maldito aviva la curiosidad que tanto me esforcé en acallar, y con el paso de las semanas me encuentro deseando más y más subir a la superficie, pero eso es imposible: si no muero en el instante en el que salga, habrá algo ahí arriba que acabará conmigo.

---

Aunque tal vez mi pensamiento sea erróneo, y realmente haya una vida allá arriba... ¡No! No estoy dispuesto a sacrificar mi vida aquí por un sueño imposible.

Mi determinación por quedarme va flaqueando lentamente. ¡siento tentación de salir y abandonarlo todo!  
Este sueño es una maldición que quiere quitarme todo.

....

Día tras día, la misma fantasía se me presenta mientras duermo, pero un jueves en la tarde pasa algo inusitado. Después de volver del trabajo me caigo al suelo, física y mentalmente cansado, y me duermo en ese mismo lugar. Y como no, la misma escena de las últimas semanas se repite.

Pero este día en particular es diferente, porque a mitad del sueño comienzo a correr a una velocidad imposible para mi cuerpo, acercándose rápidamente a un punto indefinido, o por lo menos eso creo yo. A pesar de estar dormido, siento un desgaste físico en mis piernas que no debería estar sintiendo, pero antes de poder comprender lo que estaba pasando, despierto por un dolor agudo en el costado.

Ya no estoy en la sala de mi casa; me encuentro a las puertas del búnker, después de correr los casi 10 kilómetros que me separan de él. Por primera vez desde que comencé a soñar con la belleza del mundo exterior, soy perfectamente capaz de lograr mi cometido, y comprobar con mis propios ojos si hay alguna realidad fuera que sea capaz de maravillarme. Mis músculos ya no me duelen; el estado de trance en el que estoy sobrepone cualquier dolor físico que mi cansado cuerpo sufre. O tal vez es la adrenalina, quién sabe. Me acerco a la escotilla que se encuentra al costado de las puertas principales, y sin dudarlo, la abro por completo.

Ya no hay vuelta atrás para mí, así que sigo avanzando con determinación de saber la verdad, dejando la escotilla abierta. Probablemente alguien la cierre en las próximas horas, así que tengo que apresurarme. Lo primero que noto al salir fue que seguía con vida. Las condiciones de la superficie soportan la vida humana, lo cual es un buen indicio. Tal vez salir de una vez por todas no fue una completa locura.

---



La escotilla se encuentra conectada a un complejo de túneles de concreto reforzado que llevan a la superficie. Intuyo que no importa el camino que tome, eventualmente llegaré a la superficie, así que continúo caminando durante unos minutos, temeroso de saber la verdad. Aunque sepa que se puede vivir aquí, si la superficie es realmente inhabitable como tantas veces nos dijeron, es probable que haya tirado mi vida a la basura. Los minutos se sienten eternos: para este punto mi cuerpo apenas soporta su propio peso, y va dejando un rastro de sudor que llega hasta la escotilla.

Cuando llego al final del túnel, una luz brillante me recibe, y por primera vez en mi vida veo una estrella en carne propia, pero tengo poco tiempo para maravillarme por eso. Mis sueños eran reales; la superficie es hermosa, viva, y me llama para acogerme entre sus brazos.

¡Cuándo he sentido una felicidad como esta! Quiero correr por los bosques y tocar el cielo infinito, pero mi cuerpo me lo impide, así que cojeo por la zona, raspando mis manos con la corteza de los árboles. Las sensaciones que me llegan aquí son mucho más potentes que las de mi tan apreciado sueño... tomé la decisión correcta.

Antes de que pueda apreciar mi decisión, siento un dolor desgarrador en el muslo y pierdo el balance, cayendo de espalda contra el suelo. Algo me quitó una pierna.

Esa criatura que se esconde por los árboles, aún con mi pierna en su hocico, no es un animal común y corriente; es una criatura consciente, maliciosa, que busca el sufrimiento ajeno, y mientras miro a esa cosa fijamente, con sus ojos verde brillante y sus labios relamiéndose la sangre de mi pierna, me doy cuenta de algo aterrador.

El paisaje que veo es exactamente el mismo de mi sueño, pero estoy completamente despierto.

Esa fantasía que me impulsó a salir, que me tentó durante semanas, fue causado por esas cosas, estoy seguro. Por eso mi cuerpo me llevó a la entrada del búnker: querían que abriera la escotilla, que pusiera a todos en peligro. Antes de acabar conmigo, veo cómo olfatean la zona, y siguen mi aroma hacia su verdadero objetivo.

Solo puedo llorar de impotencia mientras veo a esas criaturas, sedientas de carne humana, entrar por los túneles.

---

# Laberinto de la obsesión

---

Por: Luma Rodríguez



## Laberinto de la obsesión



*por Luma Rodríguez Pérez*

En las sombrías profundidades del apartamento de Marie, los hilos del destino se enredan en una danza macabra, donde las mentes se retuercen y los corazones se desangran en un torrente de obsesión y desesperación. Soy Louis, un prisionero en este laberinto de locura, un testigo impotente de la tragedia que se despliega ante mis ojos.

La sombra de Philippe, ex de Marie, se cierne sobre nosotros como un espectro maligno, sus palabras venenosas alimentando la espiral descendente de la mente de Marie. Con astucia retorcida, manipula cada situación, sembrando semillas de duda y desconfianza en el suelo fértil de nuestra relación para que terminemos y pueda cumplir su capricho de estar íntimamente con ella, ya que ella nunca pudo verlo con esos ojos, a comparación de mi. Philippe se encarga de meterle ideas tormentosas y obsesivas, así como desquiciadas sobre mí a mi amada, haciéndola pensar que veo con otros ojos a mi mejor amiga Dominique, cuando ella solo es un hombro de apoyo para mí y los traumas que me ha dejado la cruel vida. Pero Marie, no es solo una víctima de las maquinaciones de su ex-amante; ella misma se convierte en una fuerza oscura y avasalladora, su obsesión creciendo con cada latido de su corazón fracturado me sigue a todas partes, sus ojos acechándome en cada rincón oscuro, siento su presencia envolviéndome como una sombra que no puede ser sacudida. Estoy en el trabajo, en el parque, en alguna junta y ahí están sus verdes y resplandecientes ojos acechando para ver si no tengo contacto con nadie más que no sea ella, lo que me vuelve totalmente loco, pero no más que a ella.

Claude, su mejor amiga, que realmente sí está profundamente enamorada de mí, trata de tomar su distancia por el inmenso miedo que le tiene a Marie. Sabe de lo que es capaz.

En un giro retorcido del destino, descubrí la traición más profunda.

Marie, consumida por la locura y la obsesión, sucumbe a los encantos venenosos de Philippe, entregándose a él en un acto de desesperación y autodestrucción. Mi corazón se rompe en mil pedazos mientras veo cómo mi amada se desliza más y más hacia la oscuridad, pero el tormento no termina ahí. Marie, consumida por los celos y la paranoia, mira a Dominique con ojos llenos de odio y envidia. Dominique, fue a visitarme, para saber sobre mi estado de ánimo después de estar presente en una loca pelea con mi novia, por lo que después de algunas copas de vino, nuestros labios se juntaron y llegamos a lo que jamás nos imaginamos. Al perder la noción del tiempo, cuando menos lo esperamos, llega Marie con Philippe al apartamento, donde vivíamos juntos y en un arrebatado de locura, la arrastra al baño, donde la sumerge en agua hirviendo hasta que sus gritos se desvanecen en un silencio atroz, ahogados por las llamas del odio.

Mientras tanto, yo soy arrastrado a un sótano oscuro, encerrado en las cadenas de mi propia desdicha. Marie, en un frenesí de locura y venganza, me tortura sin piedad, cortándome pedazo por pedazo mientras me acusa una y otra vez de traicionarla. Mis negaciones caen en oídos sordos, ahogados por el rugido de su ira desatada. Y entonces, en medio del caos y la destrucción, Claude aparece, desesperada por salvarme del abismo en el que he caído. Pero su valentía solo desencadena una tragedia aún mayor. Philippe, en un acto de lealtad retorcida hacia Marie, se lanza sobre ella, su cuerpo termina cayendo en un charco de sangre inocente.

Marie y Philippe quedan solos, envueltos en una danza mortal de amor y odio. Ella le confiesa que ya no puede estar con él, que su corazón solo pertenece a mí, incluso en la muerte. Y en un último acto de desesperación, Philippe la consume con su furia desenfrenada, hasta que ambos quedan perdidos en las sombras del abismo eterno, demostrando así, que si no la puede tener él, no la tendrá nadie, por lo que al final, Marie estaba atorada en un laberinto sin escapatoria, porque sin importar qué, él siempre tuvo como objetivo desmoronar su ser y así llevarla hasta la ruina .

# Serena

Por: Jade Maialean Salinas Sinay



## Serena

—  
*por Jade Maialean Salinas Sinay*

Un sentimiento profundo e indescriptible me genera mi esposa, Serena. No estoy seguro si es amor o devoción, pero tengo el deseo de morir junto a ella. La conocí casualmente en nuestra juventud, y desde el primer encuentro supe que encontré el reflejo de mi alma. No podía dejar pasar la oportunidad de tener a la persona que representaba el sentido mismo de mi existencia. Nuestra unión en matrimonio era inevitable, pues nos enamoramos profundamente el uno del otro desde el primer momento. Sin embargo, nuestra conexión era única. Aunque deseábamos estar juntos para siempre, mi deseo iba más allá de lo convencional. Quería que nuestra unión se convirtiera en una fusión de almas que perdurará más allá de lo terrenal, sin importar las consecuencias.

Se dice que estoy loco; pero más equivocados no pueden estar. El fuego ardiente de mi interior es incomprendible, incluso para mí. Es un incendio que no discrimina, quemando a diestra y siniestra, reflejando mis verdaderos deseos. Es una llamarada eterna que estaba profetizada a ocurrir. Serena, tan hermosa y fina. Si fuera posible, me gustaría arrebatar su voz para que nadie más la escuche, limar su cuerpo para que nadie la desee, perforar su tersa piel para beber de sus heridas, desaparecerla para que solo pueda existir en mis recuerdos. Ella, solo ella era capaz de provocar esto en mí, ella es la única culpable de esta locura que me arrebató el aliento. Pero últimamente mi tesoro ha cambiado: ya no se escucha como antes, su cuerpo se deformó, su piel perdió su brillo y solo se siente su ausencia.

No puedo reconocer a la mujer frente a mí como mi esposa, estoy convencido de que no es ella. Lo que veo es una figura llena de heridas y descuidos, una sombra de lo que solía ser Serena. Su presencia me aterra.

Cada vez que nuestras miradas se cruzan, noto cómo mi amada se estremece, como si esta imitadora la eclipsara. No puedo permitir que esta farsante continúe existiendo. No fue difícil para mí estrangular a la criatura que mimetiza mi razón de ser. Por más que se retorció yo no flaqueaba; y en cambio, aumentaba mi fuerza. Mi esposa estaba aterrada, pero por ella sería capaz de acabar con la vida, sea de quien sea. Cuando finalmente dejó de respirar abracé a Serena. Grande fue mi sorpresa al ver marcas en su cuello, probablemente causadas por una agresión de la falsa ,de la impostora. Nos acurrucamos mientras yo la consolaba, fascinado por la caída de las lágrimas sobre su níveo rostro.

Desde ese incidente, el miedo invadió mi conciencia. Decidí que no permitiría que nadie le hiciera daño a la razón de mi vida, por lo que con todo el amor de un esposo, la encadené en nuestra habitación. La podía ver un tanto consternada, pero sé que ella desea ser venerada por mí. El gran espejo en la habitación muestra cómo dos amantes entregan su vida al otro, escena del amor más puro que pueda existir. No hay tiempo en el que no esté con Serena, siempre en la misma habitación, incluso los vecinos me dicen que me encuentro en mal estado, pero ellos no entienden. No entienden lo que significa amar tanto a alguien que desees morir por la intensidad de tus sentimientos. No entienden que el deseo de poseer a alguien traspasa las barreras de la vida y la muerte. No entienden lo que es vivir con una adicción que envenena tu alma. Aun con la envidia de todos, hemos logrado adaptarnos a nuestra nueva realidad.

Hoy es el aniversario de esta nueva forma de vida. Cada día veo a Serena más contenta por estar disponible para mí. ¡Claramente esto es lo que ella desea! Ella me susurra todas las noches lo mucho que desea seguir con esto. Sus lágrimas son de amor, ¡eso es innegable! Pero, entonces, ¿por qué está colgando del techo? ¿Qué ha pasado para que decidiera quitarse la vida? Su cadáver putrefacto se menea al compás de mis pensamientos. Estoy petrificado. Esto es imposible. ¡Imposible! Corro para inspeccionar lo que queda de ella, la piel gris y sus ojos inertes. No puedo evitar sentirme celoso de los insectos que devoran sus restos, es injusto.

Yo he dejado todo por ella, incluso en el fondo de mi mente asesiné todo lo que yo era para poder amarla. Mientras rápidamente escarbaba su cuerpo para deshacerme de esos intrusos, mis lágrimas se mezclaban con la sangre que brotaba de sus heridas, una mezcla de adoración y devastación consumiendo mi ser. Aunque ella yacía deformada y sus ojos ya no brillaban, no pude evitar reconocer su belleza, que sigue provocando en mí un calor asfixiante que me carcome en vida. No puedo resistirme y con un deleite, cedo a la tentación y muerdo su cuello, arrancando su garganta en un acto de adoración, procediendo a comer sus restos.

Desde la sombría esquina de la habitación, el reflejo en el espejo me observaba con ojos vacíos. Mi mano temblorosa se extendió hacia él, pero en el instante en que mis dedos rozaron la superficie fría, una sensación de horror me invadió. ¿Quién era ese hombre que se postraba frente a mí? Retrocedí mientras luchaba por comprender lo que veía. Regresé mi atención al reflejo, buscando respuestas en aquello que parecía conocerme. El hombre en el espejo era yo. Mis facciones, mis gestos, todo era idéntico. Sin embargo, algo me hacía temblar. Era como si el reflejo revelara lo que yo no quería aceptar.

Con pasos vacilantes, me acerqué al espejo pero apenas alcé mi mano; el reflejo se desvaneció, dejando solo mi rostro pálido y aterrorizado. ¿Qué significaba todo esto? Fue entonces cuando mi mirada volvió al cuerpo inerte de Serena, su rostro aún mostrando la sonrisa que me había dedicado antes de morir. La verdad se abrió paso en mi mente con una claridad dolorosa.

Fui yo quien había acabado con ella, quien había profanado su cuerpo y destruido su alma. Fui yo quien, durante todo este tiempo, fue consumido por la locura. Fui yo quien estaba destinado a vivir con la sombra del hombre que alguna vez fui y la mujer que tanto adoré.



